

## Introducción

¿Es posible articular una respuesta conservadora que esté a la altura de los desafíos contemporáneos, particularmente en el contexto de la actual crisis de la cultura? Con frecuencia, las reflexiones sobre el cambio cultural se centran en macronarrativas y políticas globales, así como en formas de estructurar mecánicamente la sociedad. Russell Amos Kirk comprendió que no se trataba de brindar respuestas novedosas, sino de aspirar a una autenticidad original; es decir, un retorno al origen y a los principios fundamentales. Para Kirk, la solución no se encuentra en lo que resulte exclusivamente pragmático o funcional, sino en lo que sea verdadero; una respuesta que sea en orden al ser y a la gracia. En este sentido, sólo una sociedad que retorne a sus principios originarios puede superar el estado de decadencia.

El propósito de Kirk en la presente obra es trazar una senda luminosa que conduzca a una respuesta duradera, válida en cualquier tiempo y lugar y capaz de hacer frente a los desafíos de cada época a través de unos principios inmutables. Lejos de pretender condenar, su intención es ofrecer esperanza, en

especial a los jóvenes, quienes aún tienen un largo camino por recorrer para *redimir nuestro tiempo*<sup>1</sup>.

*La política de la prudencia* es una colección de diecisiete conferencias impartidas en la Heritage Foundation (uno de los principales *think tanks* de Washington), con una ponencia adicional pronunciada en el Hillsdale College, institución educativa universitaria, aplaudida, por cierto, entre los conservadores, por su firme resistencia a la intrusión federal en la enseñanza superior. La obra concluye con un epílogo de carácter exhortativo, destinado especialmente a inspirar y animar a las futuras generaciones. Contextualizar aquellas conferencias es relevante no sólo porque este libro represente la última palabra de Kirk en materia de pensamiento político –publicado apenas un año antes de su muerte, en 1993–, sino también porque nos permite comprender mejor la influencia del autor en su tiempo.

Nos hallamos en el corazón de la capital estadounidense, donde una voz cargada de sabiduría y lucidez como la de Kirk encontraba un espacio desde el que dirigirse tanto a los conservadores políticamente influyentes del momento como a las futuras generaciones de líderes y pensadores. En la década de 1960, Kirk ya era un autor consagrado y ganaba notoriedad pública rápidamente gracias a su primer y más influyente libro, *La mentalidad conservadora*. En los años ochenta, era aclamado como el padre del conservatismo estadounidense moderno, lo

---

<sup>1</sup> *Reediming the time* hace referencia a un libro póstumo de Russell Kirk que recopila ensayos originalmente presentados por el autor como conferencias en la Heritage Foundation entre 1980 y 1994. Kirk concibió esta obra como un volumen complementario a *La política de la prudencia*.

que lo convirtió en uno de los oradores más solicitados en las universidades del país y en foros de prestigio como la mencionada Heritage Foundation, donde fue invitado por primera vez tras la victoria presidencial de Ronald Reagan. Más que un *think tank* convencional, la Heritage Foundation se posicionó deliberadamente como un centro neurálgico del conservatismo, facilitando el intercambio de ideas y el fortalecimiento de vínculos entre intelectuales, activistas y líderes del movimiento. Como apunta el destacado historiador del conservatismo americano George H. Nash, la fundación fue el equivalente institucional de Reagan.

Kirk contribuyó de manera decisiva a articular un marco filosófico coherente para el movimiento conservador. Sin embargo, pese al éxito electoral del Partido Republicano, este triunfo no implicaba necesariamente una victoria para el conservatismo intelectual que defendía. Aún quedaba mucho trabajo por hacer. En este contexto, las conferencias que conforman *La política de la prudencia* abarcan un periodo de cinco años que coincide con el mandato de George H. W. Bush, una etapa en la que las políticas conservadoras también languidecieron. Aunque Kirk y su esposa Annette –también involucrada en política, especialmente en temas educativos– apoyaron la candidatura de Bush, a quien consideraban un sucesor adecuado para Reagan, pronto percibieron en él una inclinación hacia posiciones más progresistas. Según muchos de sus críticos, Bush utilizó su poder no para consolidar el programa del Partido Republicano, sino para promover su propia agenda.

La obra de Kirk, aunque esperanzadora para las generaciones venideras, está teñida de una melancolía profunda, propia de alguien que percibe el ocaso de su vida y contempla con inquietud el rumbo de la administración republicana que ayudó a construir y del mundo en general. Así se plasma con elocuencia en la dedicatoria del libro: «A mis cuatro hijas, que ahora se embarcan en el turbulento mar de los descontentos modernos».

*La política de la prudencia* surge en un momento histórico concreto y, lejos de emerger de un vacío intelectual, lo hace en medio de una intensa confrontación ideológica. Kirk, influenciado por pensadores como Burke y Tocqueville, observaba con preocupación el surgimiento de ideologías que, en su opinión, se distanciaban de las realidades históricas y espirituales que habían cimentado la civilización occidental.

Esta obra ofrece una excelente introducción tanto al pensamiento kirkeano como a su particular pedagogía, marcada por una forma de transmitir y cultivar ideas en los jóvenes. En Kirk, todo se integra sin fisuras: la persona, el pensador y el escritor. No sólo defendía la existencia de un orden permanente, sino que él mismo estaba firmemente enraizado en él. Su legado, transmitido a los jóvenes que lo conocieron, a sus hijas y a las generaciones futuras, refleja con claridad la coherencia entre su vida y su pensamiento.

Como antídoto contra la ideología, su propuesta se fundamenta, como ya se ha dicho, en los principios conservadores. Para exponerlos, presenta –aunque de manera más sucinta que en *La mentalidad conservadora* (1953)– una genealogía del pensamiento conservador, identificando a los primeros defensores de lo que T.S. Eliot denominó «las cosas permanentes».

Un concepto que Kirk, quien se consideraba a sí mismo un hombre de letras, adoptó como suyo.

Nuestro autor se sintió atraído por el enfoque histórico, experiencial, tradicional y anti-ideológico del estadista angloirlandés Edmund Burke. De hecho, en repetidas ocasiones expresó que se veía como un discípulo moderno de su legado. A lo largo del siglo XIX, Burke fue en gran medida olvidado por los intelectuales y académicos, quienes se centraron principalmente en su firme oposición a la Revolución francesa y soslayaron otros aspectos clave de su obra. En este sentido, puede afirmarse que Kirk devolvió a Burke una relevancia significativa en el pensamiento del siglo XX, especialmente al constatar cómo las advertencias proféticas del filósofo político se materializaron tras las devastadoras consecuencias de las dos guerras mundiales.

Una tradición moral y política sólida, según Burke, era el producto lento y paciente, guiado por la razón, que se ocupaba de la evolución de la totalidad de los asuntos humanos. Defensor acérrimo de la forma de prudencia que procede de la tradición, Burke la concebía como la verdad plena sobre la naturaleza humana, inevitablemente distorsionada por las abstracciones ideológicas. Con la revolución, Francia se distanció deliberadamente de toda tradición y adoptó las primeras formas *ideológicas*. Este proceso representaba un intento de traer el Cielo a la tierra mediante el uso de símbolos seculares que reemplazaran a los religiosos. La ideología, en consecuencia, pretendía ser una suerte de religión invertida, tal como señala Kirk. Esto se hizo evidente desde sus inicios con la propuesta de Destutt de Tracy, quien buscaba reestructurar la jerarquía

de las ciencias. Desplazó así a la teología de su posición predominante y la sustituyó, precisamente, por la ideología. En este sentido, resulta plausible considerar que el término fue concebido con la intención de excluir las enseñanzas basadas en la Revelación divina, e incluso para contener en sí mismo las respuestas sobre la naturaleza del ser humano y su posición en el orden del ser.

La palabra «ideología» ha experimentado complejos cambios de significado y, con frecuencia, se utiliza de manera incorrecta. A mediados del siglo XIX, Karl Marx y sus seguidores modificaron sustancialmente su sentido, dotándola de un marcado carácter peyorativo. Para Marx, la ideología es un velo que oculta los intereses de clase, un conjunto de representaciones, concepciones y valores que reflejan (y a su vez legitiman) las estructuras socioeconómicas vigentes en una sociedad. Estas representaciones, siquiera de manera inconsciente, tienden a favorecer a la clase dominante y a perpetuar el *statu quo*. Este fenómeno es, según Marx, el origen de lo que denominó *falsa conciencia*. El marxismo se desarrolló hasta convertirse en una ideología en sí misma; así, la crítica de Marx a la ideología condujo, paradójicamente, a la imposición de una alternativa ideológica.

Aunque tanto Marx como Kirk atribuyen una connotación peyorativa al término «ideología», sus enfoques presentan significados distintos. Para Kirk, desde la Segunda Guerra Mundial, la palabra «ideología» adquirió un carácter mesiánico, promoviendo la creencia de que únicamente a través de ella podría salvarse el mundo. En la visión del pensador conservador, la ideología opera como un sustituto secular de la religión en la medida en que absolutiza sus símbolos y fomenta

la realización de utopías de naturaleza escatológica en el plano temporal. Kirk considera la ideología como un aparato intelectual que busca ocupar el lugar de la religión, ofrece una visión dogmática y pretende moldear la realidad en función de ideales abstractos. Al desplazar las orientaciones morales y espirituales que tradicionalmente han guiado a las sociedades, la ideología, según Kirk, se convierte en una fuerza deshumanizadora y potencialmente destructiva que busca imponer sus principios sin reconocer la complejidad y la diversidad inherentes a la condición humana y a las tradiciones culturales.

Al igual que Burke, Kirk veía en las tradiciones y en las costumbres heredadas una fuente irremplazable de sabiduría colectiva, cultivada y transmitida a lo largo de generaciones. Ambos pensadores compartían la convicción de que estos legados no podían ser reemplazados sin consecuencias devastadoras, ya que su pérdida expondría al individuo a ideologías reductoras y totalizantes. Siguiendo a Burke, Kirk advertía de que el abandono de las instituciones tradicionales y de los principios fundamentales que la sustentaban, especialmente bajo el influjo de las ideologías modernas, fragmentaba la sociedad y desarraigaba al ser humano de su contexto histórico y comunitario. Desde esta perspectiva, Kirk argumentaba que la verdadera cohesión social no podía construirse a partir de sistemas ideológicos, sino que debía apoyarse en principios que habían demostrado su verdad y estabilidad a través del tiempo. Así, el propósito del conservatismo, según nuestro autor, no consistía simplemente en resistir cambios superficiales, sino en preservar aquellos fundamentos espirituales y culturales que otorgan profundidad y continuidad a la vida humana.

Para Kirk, la clave para revertir la crisis social e ideológica de su tiempo, que es también el nuestro, se encontraba en las ideas de Burke, quien subrayaba la importancia de recuperar las instituciones intermedias: esos «sitios de descanso» que dan sentido a la vida. Sólo restaurando esta esfera prepolítica podría establecerse una base sólida para desarrollar una política genuina y efectiva. Todo pensamiento político que aspire a ser fiel a la verdadera naturaleza humana, según Kirk, debe enraizarse en esta dirección. Esta advertencia no era casual, ya que respondía a su diagnóstico sobre el estado de la sociedad occidental, la cual, a su juicio, atravesaba una fase avanzada de ignorancia y decadencia. En su esfuerzo por orientar a la clase política, Kirk insistía en la necesidad de volver a los valores comunitarios y recuperar la continuidad histórica que robusteciera el tejido social y proporcionara a los individuos un sentido de pertenencia y una orientación moral capaz de resistir a la volatilidad de las ideologías modernas.

Es evidente, por tanto, que la metafísica de Burke permea todo el pensamiento de Kirk, especialmente en su concepción de la «política de la prudencia» como antídoto contra la «política de la ideología». Burke entendía la prudencia como una forma de excelencia, considerándola la virtud política primera. Precisamente, este es el propósito que Kirk persigue con esta obra: defender una política de la prudencia no como un simple programa de acción, sino como una respuesta que, sin una apelación profunda y sutil al corazón humano, resultaría inevitablemente estéril. Kirk estaba convencido de que, frente a la profunda crisis de la verdad que representa la ideología, sólo el conservatismo –entendido en su forma más elevada como



la negación de toda ideología– podría liberar al ser humano de esta esclavitud. En este marco, Kirk identifica la prudencia como la virtud fundamental del hombre conservador. No en vano dedica el segundo capítulo de *La mentalidad conservadora* a Burke y su política basada en la norma consuetudinaria, presentándolo como el modelo de un conservador justo y prudente. Además, argumenta que, de no haber sido por los horrores de la Revolución francesa –que desencadenaron el Terror y dieron origen a los primeros estallidos de ideología en el mundo–, es probable que el conservatismo no hubiera surgido. A su juicio, toda ideología, por su naturaleza, conduce inevitablemente a la guerra civil, al caos, a la muerte y a la destrucción. Frente a estas amenazas, el pensador de Mecosta subraya que norteamericanos e ingleses se distinguieron en el liderazgo del mundo occidental, honrando las tradiciones heredadas de sus antepasados, mientras reformaban prudentemente las imperfecciones de sus respectivas sociedades.

No deja de ser cierto que algunos contemporáneos de Kirk, entre ellos su amigo cercano, el sociólogo Robert Nisbet, llegaron a considerar el conservatismo como una forma de ideología. Sin embargo, Nisbet utilizaba el término «ideología» en un sentido más cercano a su etimología original, es decir, referido a cómo debía ser un conjunto de ideas vinculadas al orden político y social, y no con la connotación peyorativa que le atribuía nuestro autor. Así, sin contradecir lo expuesto por Kirk, Nisbet afirmaba que el conservatismo es una de las tres ideologías políticas más influyentes de los últimos dos siglos en Occidente. Tal vez por esto, a pesar de haber tenido la oportunidad de cuestionar las intenciones de Nisbet, Kirk nunca lo hizo. No obstante, en

estas mismas páginas encontramos una respuesta contundente al respecto. Tras preguntarse si el conservatismo puede considerarse una ideología, Kirk responde que sólo sería posible bajo una distorsión deliberada del significado de las palabras para ajustarlas a interpretaciones subjetivas. De ahí su esmero en el uso preciso de las palabras, pues en su opinión, esta exactitud constituía una virtud fundamental: a través del lenguaje no sólo comunicamos ideas, sino que también revelamos la esencia de nuestro pensamiento y la integridad de nuestra alma.

Para nuestro autor, ser conservador va más allá de la mera adhesión a un conjunto de ideas; constituye, en cambio, una disposición intrínseca y una forma de concebir y habitar en el mundo. Entendido así, el conservatismo es más que un simple sistema político, es un paradigma que atraviesa la entera existencia humana. De acuerdo con esta visión, el conservador no debe centrarse en la mera implementación de un programa político, si es que esto fuera posible. Su prioridad radica, ante todo, en la regeneración del espíritu y del carácter, ocupándose del desorden social y orientando a la sociedad hacia un orden trascendente. En última instancia, su propósito es vivir una vida digna de ser vivida. Esta exhortación se encuentra tanto en el epílogo de esta obra, dirigido a las nuevas generaciones, como en su autobiografía *The Sword of Imagination*, donde Krik dedica sus palabras finales a reflexionar sobre si, en definitiva, la vida merece la pena. Su respuesta es, por supuesto, afirmativa. Así, tras haber examinado la tensión entre el nihilismo y la búsqueda de valores trascendentales, su apuesta se encuentra en un compromiso vital con principios estables y duraderos. Frente al relativismo contemporáneo, sostiene que

sólo la preservación del legado cultural e intelectual proporciona un marco firme para afrontar las incertidumbres de la existencia humana. Este enfoque es, precisamente, el que sustenta su defensa de una visión conservadora.

En coherencia con todo lo anterior, resulta evidente que en su pensamiento, sus preocupaciones y convicciones, Kirk nunca tuvo la intención de construir una ideología a partir del conservatismo. Por el contrario, la idea de una «ideología conservadora», por muy articulada y completa que fuese, entraba en conflicto con casi todo lo que nuestro autor valoraba y anhelaba profundamente. La mentalidad conservadora y el pensamiento ideológico se sitúan en polos opuestos. En este sentido, el conservatismo no puede reducirse a una lista de puntos a seguir; más bien, requiere un compromiso imaginativo que permita redescubrir la naturaleza humana subyacente, trascendiendo cualquier construcción ideológica.

¿Qué es, entonces, el conservatismo? Siguiendo el pensamiento kirkeano, podemos afirmar que lo conservador no se reduce a una etiqueta ni a un movimiento político. Para Kirk, el conservatismo consiste, ante todo, en la defensa de aquellos principios permanentes e inherentes a la existencia humana que la dotan de sentido, principios que han perdurado a lo largo de generaciones y que forman la base de una vida auténticamente vivida y comprendida.

Kirk incorpora diversas perspectivas en su comprensión del conservatismo. Resuena, por ejemplo, la idea de Walter Baggehot, quien hablaba de un «conservatismo del disfrute», o la incisiva definición de Ambrose Bierce, para quien el conservador es un estadista que, pese a todos los males del mundo, está

enamorado de él, a diferencia del liberal, que aspira a reemplazarlos. Lejos de rechazar el presente, el conservador deposita su confianza en la fuerza de las costumbres y de las instituciones como medios para restaurar lo que se ha corrompido. Para el conservador, el mundo real –con todos sus defectos e imperfecciones– debe ser apreciado y amado, pues sólo desde este amor puede aspirarse a una reforma prudente y auténtica. De modo similar, Michael Oakeshott subrayaba la inclinación del conservador por lo práctico y lo conveniente por encima de lo ideal, privilegiando el disfrute del presente sobre cualquier promesa de felicidad utópica. En esta línea, aunque desde una perspectiva más académica, Robert Nisbet concebía el conservatismo de manera inductiva, como una postura que surge naturalmente de la realidad y no como una imposición externa. Por su parte, el senador William F. Buckley sostenía que el conservatismo, lejos de ser una doctrina rígida, era esencialmente una actitud, una forma particular de ser y estar en el mundo.

Sin duda, Kirk compartía todas estas definiciones del conservatismo. Aunque en última instancia, el lector descubrirá en esta obra que el conservatismo es, en esencia, la política de la prudencia. Lo más vivo en sus escritos y en su pensamiento es un permanente sentido de asombro ante lo que llamaba, siguiendo a Burke, «la no comprada gracia de la vida». Kirk advertía que, cuando esta gracia inmerecida y libre se ahoga en una concepción utilitarista de la vida, toda la nobleza que sostiene a una sociedad civilizada se desvanece. Amenaza, creía Kirk, que en su tiempo crecía forma alarmante.

En su ensayo titulado, precisamente, *La no comprada gracia de la vida*, Kirk define este concepto como el conjunto de los

elementos sutiles e interconectados de la cultura y del pensamiento, producto de una tradición continuada: el espíritu religioso, el sentido del honor y el orden político. Para Kirk, entonces, el conservador no es una figura idealizada ni un modelo exclusivo de aquellos que hayan podido tener algún privilegio; es, en cambio, aquel que, guiado por la dignidad y el amor por sus raíces y su comunidad, comprende sus deberes y cultiva una reverencia por la sabiduría heredada de sus antepasados. Este es el individuo verdaderamente rico en «la no comprada gracia de la vida», el individuo dotado de un auténtico espíritu conservador.

La prudencia, como explicó Kirk en su obra *La mentalidad conservadora*, es uno de los logros más elevados de la filosofía clásica. Siguiendo a Aristóteles, quien definió la prudencia como el uso de la razón para captar la verdad –oponiéndose así claramente a las pretensiones de las ideologías–, aquella se concibe como la capacidad de actuar en favor del bien. Cicerón, por su parte, exaltaba la prudencia como «el arte de vivir bien», resaltando su función primordial en la configuración de una vida ética y en la búsqueda del equilibrio en el juicio moral. Para Kirk, la prudencia es la virtud cardinal del conservatismo, particularmente en el ámbito político. La política, sostiene nuestro autor, se vincula con el arte de lo posible; para discernir lo que es posible y prudente en cada circunstancia, resulta imprescindible restablecer una conexión con el orden y la imaginación moral. Esto exige la restauración de un orden sagrado que devuelva a la política el marco preciso para su ejercicio. De este modo, el político prudente, consciente de que su deber primordial es preservar la paz y las costumbres del orden temporal, reconoce que el compromiso y el civismo son virtudes esenciales para

quienes aspiran a gobernar la «ciudad del hombre». Sin un orden moral que lo sustente, el ser humano no podrá sostener por mucho tiempo una vida sin auténtica comunidad, lo que inevitablemente lo llevará a sucumbir a la alienación.

Kirk entendía la prudencia como una virtud que trasciende el ámbito político. La persona prudente es aquella capaz de distinguir, en cada situación, qué debe conservarse, qué merece protección y qué necesita ser reformado. Este discernimiento define al conservador, quien no se limita a sostener una postura «política», sino que manifiesta una comprensión más profunda de la vida y del orden social. La política de la prudencia sólo es posible cuando se reconoce la existencia de principios permanentes y se comprende que cualquier cambio debe emprenderse con la conciencia de que un paraíso terrenal es inalcanzable y el futuro incierto.

Los discursos de *La política de la prudencia* también tenían como propósito conseguir que los conservadores del momento abandonasen el discurso ideológico y se presentasen no como portadores de una nueva ideología, sino como aquellos que comprenden que no se necesita ninguna. En este sentido, revitalizar la imaginación conservadora se convertía en una tarea urgente, aún más relevante en nuestros días.

La afirmación de que «la imaginación conservadora gobierna el mundo» es una idea recurrente en la obra de Kirk. En sus memorias, significativamente tituladas *The Sword of Imagination* («La espada de la imaginación»), expresa de manera contundente haber desenvainado dicha espada para enfrentarse a los «monstruos» de su tiempo. En esta lucha, aprendió a amar lo que es digno de ser amado y a odiar lo que merece ser odiado. Este testimonio revela que Kirk no fue un pensador pasivo,

sino comprometido en el rescate de los primeros principios. En su opinión, los conservadores estaban llamados a reconocer que su misión primordial era cultivar una «política de la imaginación» que mirase más allá de la simple conservación de bienes materiales, orientada hacia la preservación de aquellos valores que verdaderamente sostienen la civilización.

Su pensamiento toma como punto de partida el rechazo a las ideologías totalitarias y sistematizadoras del mundo moderno, con sus ideales imposibles de alcanzar e inmorales de intentar. *La mentalidad conservadora* se distancia, de este modo, de las teorías abstractas, identificando en toda ideología, sin importar su apariencia, una peligrosa distorsión que exige lealtad a una falsa religión. En esta obra, Kirk presenta a sus lectores una lista detallada de diez principios, figuras históricas y eventos que ilustran el pensamiento y la práctica conservadora. Aunque esta lista es sólo una de las muchas variantes que publicó a lo largo de su vida, su formulación esencial permanece inalterada. Lejos de ser un manual de instrucciones, los principios que defiende buscan transmitir una forma de estar en el mundo, una especie de disposición del espíritu, contraria a cualquier ideología. No es este el lugar para resumirlos, pues es preferible que el lector los descubra a través de la pluma de Kirk. No obstante, conviene destacar el primero y más fundamental de ellos: «El conservador cree que existe un orden moral permanente». La caída de este orden llevaría, ineludiblemente, al colapso de todo orden social. La verdadera confrontación se establece, entonces, contra quienes afirman que el único orden existente es el temporal. Este principio implica que el ser humano tiene tanto una participación como una responsabilidad con aquello que lo trasciende.

A través de los grandes pensadores a los que recurre en su libro –Burke, Tocqueville, Wilhelm Röpke, Orestes Brownson, entre otros– Kirk muestra que el impulso hacia la imaginación conservadora tiende a surgir en tiempos de desorden. A lo largo de la historia del conservatismo, desde Burke, es evidente que los conservadores rara vez han logrado victorias decisivas, pero esto no debe interpretarse como motivo de desánimo; al contrario, debe inspirarnos la misma esperanza que Kirk expresaba en el siglo xx: la posibilidad de un despertar entre las nuevas generaciones. Esa es nuestra aspiración hoy: que *La política de la prudencia* oriente a los jóvenes en medio de la incertidumbre y la confusión que definen nuestro tiempo.

LUCÍA VALLEJO RODRÍGUEZ